

Escribimos este editorial consternados por los atroces atentados terroristas ocurridos recientemente en Madrid. La barbarie que conmovió al mundo entristeció muy especialmente a la comunidad iberoamericana. No queremos dejar pasar esta ocasión para rendir nuestro más sentido homenaje a las víctimas y condenar enérgicamente esta muestra de fanatismo criminal. Episodios de naturaleza tan deleznable no deben repetirse nunca más.

La sociedad española vive momentos muy difíciles, pero afortunadamente ha dado signos inmediatos de recuperación. Resulta evidente que la tragedia no empañó su voluntad de seguir construyendo un país saludable, plural y democrático, respetando los valores institucionales y asegurando el bienestar de la población. Las recientes elecciones han renovado este horizonte de expectativas y compromisos.

Una nueva perspectiva también se ha comenzado a instalar como tendencia en lo que respecta a la ciencia y la tecnología. El hecho de que el gobierno electo haya expresado su voluntad de jerarquizar al sector, comprometiéndose a llevar en cuatro años la inversión en I+D a un 2% del PIB, no puede menos que ser leído como una señal inequívoca de que la ciencia y la tecnología constituyen herramientas indispensables para orientar en los próximos años el rumbo del crecimiento económico y la transformación social.

La situación de la ciencia y la tecnología españolas tiene asimismo algún tipo de correlato en otros países de la región. Brasil, por ejemplo, ha ido consolidando el modelo de política para la ciencia y la tecnología que le permitió llevar la inversión al 1% de su PIB. También en la Argentina, en medio todavía de una profunda crisis económica y social, ha habido buenas señales: los recientes aumentos en la remuneración de los investigadores y la incorporación de más de mil becarios al CONICET son medidas que apuntan a consolidar capacidades y desalentar las migraciones permanentes.

La revista CTS celebra y acompaña este proceso de señales positivas, puesto que el reconocimiento de la potencialidad de la actividad científica y tecnológica por parte de las políticas públicas es una vieja deuda en nuestros países. No obstante, para que este nuevo horizonte prospere en el tiempo se requiere un compromiso social profundo. Ante una realidad en la que tantas veces se imponen la violencia y la desigualdad, la ciencia y la tecnología pueden ser instrumentos eficaces para construir un mundo más solidario, igualitario y tolerante. Y en ello, la sociedad tiene la última palabra.

Mario Albornoz 
José Antonio López Cerezo 
Miguel Ángel Quintanilla 